

Reseñas

Política mente.

De la revolución a la globalización

PATXI LANCEROS

Anthropos. Barcelona, 2005

Para sonrojo de unos cuantos, que por desgracia son los menos, nuestro país sufre la confusión y la desdicha de que la sensatez tenga que denominarse «osadía», la moderación «arrojo» o la medida «atrevimiento». Bien se puede sospechar que esas confusiones se deben a que la lenidad jurídica e intelectual se ha impuesto como seña de identidad del país *a fuerza* de enlazar una a una «definiciones asimétricas» (Koselleck) cuya crudeza aniquiladora niega lo elemental de la vida pública. El caso es que, después de leer libros como *Política mente*, uno debe empezar reconociendo la valentía de optar por el discurso de la medida y de la sensatez, que a día de hoy parecen ser moneda de escasa circulación. Porque hoy resulta difícil contradecir que sea arrojado, valiente o atrevido recelar en público y en letra impresa de los nacionalismos, de los aranistas y de los hombres-bandera. Es más, como algunos saben no pocas veces eso ha supuesto la temeridad de poner la nuca por delante. Se diga lo que se diga, Lanceros tiene el acierto de cuestionar y criticar las motivaciones, planteamientos y propósitos que urden la trama política de los nacionalismos y particularismos de toda especie que tanto abundan en el mundo de hoy.

Así, respecto del nacionalismo vasco, las mejores páginas de *Política mente* muestran cómo su fundador (seguido aún hoy a juzgar por los aniversarios y festejos de toda índole que le dedican sus epígonos) le dio cobertura histórica a sus pretensiones de soberanía recurriendo a la proverbial e inveterada aversión al lucro y pureza de sangre de los vizcaínos. Paradojas de la identidad que bien estaría endosárselas a los Castro, Goytisolo y demás Donjulianes: que las puridades «carpetas» de este país, tan inmemoriales como el senequismo que ellos denuestan,

sus guerreras e intolerantes obsesiones castizas, resultaron ser la argamasa retórica de la que se sirvió el primer nacionalismo vasco para reclamar la independencia de su pueblo, muy «carpetotónico» él. No obstante lo llamativo, acorado e instructivo de esa paradoja, el caso vasco sólo es un ejemplo de las prospecciones históricas que en todo caso requieren los nacionalismos para construir la defensa de sus vocaciones soberanas, por muy extravagantes que le parezcan al investigador bien pertrechado tanto de rigurosos métodos científicos como de una ligera dosis de sano escepticismo. Quizá no sea casual y también sea instructivo que el auge, revolución y consolidación de la *aristocracia* inglesa estuvieran precedidos de *ficciones* históricas que ponían en mal lugar igual a los Estuardo que a los *levellers* y a su insobornable espíritu democrático. De cualquier modo, acierta Lanceros al explicar que esas señas de identidad se ponen siempre al servicio de lo que constituye la fibra del nacionalismo y su perentoria obsesión, la confesa necesidad de matar al rey y sustituir su cabeza decapitada por la unidad de la nación. Dicho con otras palabras, que le deben sonar familiares y atractivas a la nueva oleada de lectores de Schmitt, la meta del nacionalismo no es otra que la sustitución del principio monárquico por una versión prepolítica, sentimental y ajurídica del principio democrático que conserve todos los atributos y facultades del rey depuesto y mutilado. Que para ello la unidad de la nación se simbolice y se forje como homogeneidad cultural, lingüística, étnica o religiosa importa menos y no es tan aterrador como el hecho de que su forma dependa de que con anterioridad se hayan ejecutado las exclusiones pertinentes. Sobre todo después de que un diagnóstico certero como el que hace Lanceros señale

que esa homogeneidad y esa unidad, la identidad con su denigrante figuración de lo otro, no son más que el precario resultado de una malintencionada añagaza diseñada para ocultar y silenciar la pluralidad que caracteriza al sujeto democrático, se le llame como se le llame.

Tal vez por todo ello se le pueda añadir a *Política mente* la conclusión de que bien está leer los textos de Schmitt mientras ello no suponga hacerle caso a sus admoniciones y secundarlas. Justo lo contrario de lo que hace cierta intelectualidad kantiana. Dicho así: que está bien distinguir las Constituciones históricas del derecho natural racional, a fin de renegar de cualquiera de ellas que le ningunee al individuo su autonomía pública y privada. Que no se debe confundir un sistema político en el que se concentran los poderes con la dictadura soberana que alumbró a la nación, pero siempre que no se quiera ni lo uno ni lo otro. Que sí, que en el orden liberal los poderes se contrapesan y equilibran, pero también que ello no obliga a denunciar su presunta tibieza y más bien sugiere la conveniencia de vigilar que nuevas exclusiones e imprevistos desequilibrios lo hagan zozobrar. O sobre todo, que las aclamaciones volitivas son la máxima expresión democrática del pueblo al mismo tiempo que el mejor indicio de que se ha producido la anhelada identidad con sus líderes, pero para advertir de que con ellas se anuncia el vértigo de la democracia morbosa y de la acción directa de las que escribió Ortega. Dicho con otras palabras, que justo por ello parece prudente y persuasivo sostener que la racionalidad de la voluntad sólo puede lograrse a través de la mediación jurídica de los derechos políticos. Porque no nos engañemos, estos y otros demonios schmittianos son lo único que se esconde detrás de las tentadoras promesas liberadoras del nacionalismo.

Pero aparte de esclarecer qué se oculta detrás del envoltorio sentimental y reivindicativo de los nacionalismos, Lancersos tiene también el mérito y la valentía de indicarnos que la proliferación y la expansión del espíritu antiliberal y antirrepublicano que los caracteriza no hace sino allanar el camino a los imperativos funcionales del orden tecno-económico, de tal forma que ellos solos ya se encargan de solicitar la remoción de algunos de los obstáculos que todavía resisten a su aplastante imposición y cumplimiento. Si las paradojas de la identidad descubren las tretas y los engaños de más de

uno, enseñando la superficie de su vacuidad intelectual, la contradicción que se plantea cuando se abomina del mercado mientras se alienta el surgimiento y la consolidación institucional de identidades que lo fortalecen debería ser suficiente para cuestionarse seriamente si no sería mejor que se renovara la plantilla de algún que otro *think-tank* y departamento universitario.

Por suerte, en *Política mente* se señalan caminos que no pasan por plegarse a las reivindicaciones identitarias o a los derechos colectivos y soberanos de los pueblos. Cosas del arrojo y del coraje. Lancersos propone una vía en la que, lejos por igual de quienes idolatran el mercado como de aquellos que no paran de satanizarlo de manera enfática, lo decisivo y lo relevante de la acción política no es sino someter al orden tecno-económico, en la medida de lo posible, a controles que aseguren tanto el conocimiento de sus efectos como la imposición administrativa de medidas que contengan sus repercusiones o que eventualmente interrumpen sus programas, pretendidamente anónimos y selváticos, cuando de esos efectos se pueda decir que son perniciosos, perversos o incluso cosas mucho peores para las gentes que los padecen. Como es fácil de imaginar, la escala planetaria del orden tecno-económico, al nivel no sólo de los flujos financieros sino también de las técnicas y de los enormes riesgos con que a veces repercuten su dominio, hace que sea inviable ejercer ese tipo de controles desde las minúsculas estructuras políticas que representan la apoteosis institucional de las proclamas identitarias. En contra del sesgo medievalizante que conlleva la celebración corriente de los poderes locales y de los cotos territoriales, con toda su prosapia de trabas, exenciones y regulaciones específicas, Lancersos sostiene que tan sólo el Estado cuenta con los recursos suficientes para disponer e implementar aquellos controles. Sin perjuicio de que su papel resulta siempre más eficaz cuando se coordina con otras instituciones en el marco de organismos supraestatales. En la línea de Ulrich Beck, Lancersos parece sugerir que se debe proseguir en la estela normativa de la modernidad, a sabiendas de que a estas alturas sólo cabe aspirar a su realización parcial y que ese proyecto de realización parcial comporta sólo el control de los resultados y efectos perniciosos del propio proceso modernizador. Si se quiere utilizar una terminología más común,

bien se puede decir que esta consideración de la «modernidad reflexiva» y de los controles que deben frenar los mecanismos aparentemente ciegos del mercado encuentra su más profundo arraigo en lo que antes se llamaba socialdemocracia. Se podrá estar de acuerdo con sus planteamientos de fondo o más bien disentir de ellos, hacer desarrollos teóricos de su discurso o buscarle lagunas y esmerarse en someterlo a examen y crítica, pero lo que no se podrá negar es que la interpelación de su lenguaje permite discutir *fragmento a fragmento* la acción política que deba tomarse. A modo de ilustración, nada más que como ejemplo, se podrá discutir si las subvenciones agrícolas suponen una redistribución justa de la riqueza o más bien hacen que prevalezcan y se conserven contextos de pobre-

za asistida o amortiguada, se podrá discutir si esas ayudas necesariamente conllevan la generación de una competitividad artificial que bloquee las posibilidades de desarrollo de los países africanos o más bien es posible arbitrar un equilibrio que no implique aceptar un terrible juego de suma cero. Cosas que de ninguna manera se pueden discutir mientras se parlamenta en los lenguajes de la nación y la identidad. Ni aunque se parlate cien años, con todos sus días y todas sus noches. Desde luego, es una lástima que proponer este tipo de socialdemocracia sea arrojado y valiente, gallardo y atrevido. Así nos va. En el país éste.

Guillermo ESCOLAR MARTÍN